

Núm. Clas. N
Núm. Autor T654 m
Núm. Adg. 59954
Procedencia 1
Precio _____
Fecha Agosto 1965
Clasificó _____
Catalogó 609

PG 3367

.55

H3

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Vol. 1625 MONTERREY, N. L.



Barcelona - Imp. de la Casa Editorial Maucci

ACERVO DE LITERATURA

116292



EL MATRIMONIO

I

Estábamos de luto por mi padre, que había fallecido el otoño anterior, y pasamos todo el invierno en el campo solas las tres, Macha, Sonia (1) y yo. Macha era una antigua amiga de casa y había sido nuestra aya y la que nos educó á todos; y mis recuerdos, al igual

(1) Apócopes familiares de María y Sofía.

que mi cariño, eran tan antiguos como los que de mí misma conservaba. Sonia era mi hermana menor.

El invierno fué para nosotros de lo más sombrío y triste en nuestra vetusta vivienda de Pokrovski. Hizo un tiempo frío, ventoso hasta el extremo que la nieve se amontonó á mayor altura que la de las ventanas, y éstas se hallaban constantemente cubiertas de hielo, empañadas y, aparte de esto, no pudimos apenas, durante casi toda la estación invernal, salir á paseo. Era muy raro que nos fuesen á ver y aquellos que nos visitaban no llevaban ni alegría, ni jovialidad á nuestra casa. todos ponían una cara muy triste, hablaban en voz baja, del mismo modo que si temiesen despertar á alguien, procurando no reír, suspirando, y con frecuencia llorando al mirarme y sobre todo al contemplar á mi pobre Sonia vestida con su trajecito negro. En la casa, y de una ú otra manera, todo revelaba que había pasado la muerte por ella, la aficción y el horror de la pérdida de una persona queri-

da; todo estaba como suspendido en el aire. El cuarto de mamá no se había abierto aún y su vista me producía á la vez un malestar cruel, y al mismo tiempo un deseo irresistible de dirigir una mirada al interior de aquella habitación, fría y desierta, cuando, al irme á acostar, pasaba por delante de su puerta.

En esa época tenía yo diecisiete años y en el mismo año en que murió, tuvo intención mamá de acompañarme á la capital para presentarme en sociedad. La pérdida de mi madre fué, para mí, causa de profundo dolor, pero debo confesar que, al lado de ese dolor y siendo joven y hermosa, como me lo daban á entender á todas horas, experimentaba cierto desconsuelo al verme condenada á vegetar en el campo en medio de tan árida soledad durante un segundo invierno. Antes de llegar al fin de ese mismo invierno, el sentimiento de pena, de aislamiento, y para decirlo con más claridad, el del aburrimiento, crecieron en mí de tal manera, que no salía de mi cuarto, pasándome las horas sin abrir el piano, ni ho-

jean un libro. Cuando, á veces, me aconsejaba Macha que me ocupase de esto ó lo otro, la respondía que no quería ni podía y en el fondo de mi alma me preguntaba una voz para que había de hacerlo, ¿para qué dedicarme á nada cuando lo mejor de mi vida se consumía inútilmente? ¿Para qué? Y este *para qué* no hallaba en mi más respuesta que la de las lágrimas. Decíanme que me afeaba y que enflaquecía, mientras tanto, pero esto no me preocupaba en manera alguna: ¿por qué y para qué había de interesarme? Parecíame que toda mi vida debía deslizarse en aquel desierto, en el seno de esas angustias sin apelación y, entregada á mis solos y propios recursos, no tenía fuerzas y ni siquiera deseos de librarme de esa situación.

Al terminar el invierno, empezó Macha á experimentar algunas inquietudes al verme en un estado semejante y tomó la resolución, temiendo me sucediese algo, de emprender un viaje al extranjero; pero para esto se necesitaba dinero y apenas sabíamos lo que queda-

ba de la herencia de nuestra madre y todos los días esperábamos la llegada de mi tutor que debía ir á examinar el estado de nuestros asuntos. Al cabo llegó durante el mes de Marzo.

—Gracias á Dios,—me dijo Macha un día que yo vagaba como un alma en pena por todos los rincones, ociosa, sin una idea en la beza, ni un deseo en el corazón,—que al cabo llega Sergio Mikailovitch. A la hora de comer estará aquí. Es preciso que hagas algo, querida Katia, (1) que hagas algo sino qué pensaría de tí... ¡Os quiere tanto á las dos!

Sergio Mikailovitch era nuestro vecino más cercano y había sido un íntimo amigo de mi difunto padre, á pesar de tener muchos menos años que aquel. Aparte del cambio favorable que su llegada decía producir en nuestra manera de vivir, facilitándonos el medio de abandonar el campo, estaba yo muy acostumbrada desde la infancia á quererle y respetarle; para no seguir el consejo de Macha

(1) Apócope de Catalina.

que, al decirme que cambiase, adivinó que debía operarse en mí otro cambio y que entre todos nuestros conocidos, aquel ante el cual me habría sido más doloroso presentarme bajo un aspecto desagradable; era aquel porque no sólo le profesaba una amistad muy antigua, como sucedía á todos en la casa, que le apreciaban mucho, desde Macha y Sonia, que era su ahijada, hasta el último cochero; pero en mí ese cariño tenía un carácter especial, debido á unas palabras que mi madre pronunciara en tiempos, en mi presencia. Dijo un día que un marido semejante á él, era lo que deseaba para mí. En semejante ocasión esa idea me parecía extraordinaria y hasta desagradable, porque el héroe por mí soñado era completamente distinto de aquel; mi héroe debía ser un joven delgado, esbelto, pálido y melancólico, y Sergio Dikailovitch no tenía nada de joven, era de elevada estatura, corpulento y, á juzgar por lo que yo podía apreciar, estaba dotado de un carácter muy amable. No obstante, esas palabras de mi madre hicieron mu-

cha mella en mi ánimo. Hacía seis años que aquello había pasado, pues fué en la época en que yo no tenía más que once, y él me trataba de *tú*, me acompañaba al piano y me apodaba *violetita*, y desde entonces experimenté cierto miedo; y muchas veces me pregunté qué haría si de pronto se le ocurría la idea de casarse conmigo.

Un poco antes de la comida, á la que Macha mandó añadir un plato de espinacas y otro de dulce, se presentó Sergio Mikailovitch. Estaba asomada á la ventana en el momento en que él se acercó con su trineo y cuando llegó á la puerta me apresuré á pasar al salón queriendo que pudiesen figurarse que le había estado esperando; pero al oír primero que en la antesala se movían, después su voz sonora y llena y los pasos de Macha, se me acabó la paciencia y le salí al encuentro. Tenía entre las suyas la mano de Macha y hablaba en alta voz y sonriendo. En cuanto me vió se quedó parado mirándome durante algunos segun-

dos sin saludarme, por lo que me quedé como cortada y sentí que mis mejillas enrojecían.

—¡A! ¿Es posible que seáis vos, Katia?— me dijo con un acento sencillo y decidido desahuciendo su mano y acercándose á mí.—¡Será verdadero semejante cambio! ¡Ayer diminuta violeta, hoy rosa en todo su desarrollo!

Me estrechó con su gran mano la mía, pero con tanta efusión y franqueza que casi me hizo daño. Creí que me iba á besar y me incliné delante de él que me cogió la mano por segunda vez y fijó en mis ojos su mirada franca á la par que decidida. Hacía seis años que yo no le había visto y durante ese tiempo cambiara mucho su aspecto; estaba más viejo y más moreno y llevaba patillas que le sentaban muy mal; pero, en cambio, conservaba los mismos modales, el mismo rostro franco y abierto de rasgos pronunciados con ojos chispeantes de ingenio é igual sonrisa, tan llena de gracia que se habría podido decir que era la de un niño.

A los cinco minutos abandonó su actitud de

visitante para tomar la de un huésped tratado con cariño y confianza por todos nosotros y hasta por aquellas otras personas que, con su apresuramiento en servirle y complacerle, daban pruebas de la alegría que experimentaban con su llegada. No se trataba en modo alguno del vecino que va á la casa inmediata después de la muerte de una madre, creyendo conveniente presentarse con un rostro adecuado á las circunstancias, sino que por el contrario, se mostraba alegre, decididor sin hablar ni una sola palabra de la difunta por más que á mi me empezase á chocar aquella indiferencia encontrándola extraña y hasta inconveniente por parte de un hombre que nos trataba con tanta intimidad. Pronto, sin embargo, reconocí que eso no era por su parte indiferencia y que en el fondo de su pensamiento había un propósito que debía agradecerle.

Por la noche Macha mandó servir el té en el salón en el mismo sitio en que lo tomábamos en la época en que vivía mi madre. Sonia y yo nos sentamos al lado de aquella y el an-

ciano Gregorio presentó una antigua pipa de mi padre que dijo haber encontrado y lo mismo que en aquellos pasados tiempos la cargó y encendió mi tutor poniéndose á pasear por el salón.

—¡Qué cambios más grandes ha habido en esta casa! ¡Cuando pienso en ello!...—exclamó de pronto deteniéndose.

—Sí,—respondió Macha suspirando y colocando en su sitio la tapa del azucarero, y mirando á Sergio Mikailovitch y dispuesta á echarse á llorar.

—¿Os acordais, sin duda, algo de vuestro padre?—me preguntó.

—Un poco.

—¡Qué bueno hubiera sido para vos que viese aún!—dijo con lentitud y mirando muy pensativo y de una manera vaga por cima de cabeza.—Y con más lentitud aún, añadió:—He querido mucho á vuestro padre.

Se me figuró que al mismo tiempo que decía esto brillaba su mirada de un modo extraordinario.

—¡Y Dios también se llevó á vuestra madre!—exclamó Macha que echó la servilleta sobre la tetera, sacó el pañuelo y se enjugó las lágrimas.

—Sí, hubo cambios muy grandes en esta casa,—dijo Sergio y se volvió, añadiendo poco después en voz alta:—Katia Alexandrovna, sentaos al piano y tocad alguna cosa.

Me dejó muy satisfecha el que hiciese la petición con unas palabras tan sencillas y al mismo tiempo amistosamente imperativas. Me levanté acercándome á él.

—Tocad esto,—me dijo abriendo un cuaderno de Beethoven por el adagio de la sonata. *Quasi una fantasia*.—Veamos que tal lo hacéis,—añadió y se fué á tomar su taza de té á un rincón del salón. No sé por qué, pero comprendí que no habría podido negarme ni ni atreverme á hacer la interesante bajo pretexto de que no tocaba bien. Y por el contrario me senté con mucha sumisión ante el piano y empecé á tocar como pude y supe, por más que me inspirase algún temor su crítica,

sabiendo lo conocedor que era de la música y el gusto que tenía. En el tono de ese adagio reinaba un sentimiento que me llevaba, por una especie de reminiscencia, hacia las conversaciones sostenidas antes del té y dominada por esa impresión parece que toqué regularmente, pero no permitió que pasase al *scherzo*.

—No, no le tocariais bien,—me dijo acercándose;—no paseis de este primer trozo que no salió del todo mal. Ya veo que comprendéis la música.

Ese elogio, que indudablemente era muy moderado, me satisfizo tanto, que sentí me ponía muy encarnada. Era una cosa tan nueva y tan agradable para mí que el amigo, el *igual* á mi padre me hablase á mi sola en serio y no sólo como á una niña que me puse contenta. Habló de mi padre contándome cuanto se habían apreciado y de qué manera habían vivido juntos de un modo muy agradable en la época en que yo no me ocupaba aún más que de muñecas y de libros de estu-

dio, y por primera vez en esos relatos se me apareció mi padre como un hombre sencillo y bueno al que no había podido apreciar. Me hizo preguntas acerca de aquello que yo quería, de lo que leía ó pensaba hacer y me dió muchos y buenos consejos. No me hallaba al lado de un hombre frívolo al que agradaba la charla insustancial ó la murmuración, sino de uno dotado de un carácter sério, franco y cariñoso que me inspiraba involuntario respeto, al par que una gran simpatía. La impresión que todo esto me producía era dulce, agradable y al hablarle, sentía en mí como una cierta é inconsciente tensión. Cada palabra que pronunciaba me dejaba como temerosa y habría deseado conquitarse por mis propios personales merecimientos, esa estimación que hasta entonces sólo me concedían como á hija de mi padre.

Después de acostar á Sonia vino Macha á reunirse con nosotros y se quejó á Sergio Mi-

kailovitch respecto á mi apatía y de esto resultó que yo no tenía nada que decir.

—Entonces Katia no me contó lo más importante,—respondió mi tutor sonriendo, meneando la cabeza y mirándome con cierto aire de reproche.

—¿Y qué era lo que tenía que contar?—respondí.—¿Qué me aburría mucho? Pues bien eso pasará. (Y en efecto, á la sazón me parecía que no sólo desaparecía mi aburrimiento sino que esto era cosa ya hecha y que no volvería más).

—No está bien eso de no saber soportar la soledad; ¿es posible que realmente seais ya una señorita?

—Yo, al menos, me figuro que sí,—respondí echándome á reír.

—No, no, ó al menos nada más que una maligna señorita que no vive más que para ser admirada y que, desde que se encuentra aislada, se cansa y no le parece nada bueno; todo para exhibirse, nada para ella.

—Teneis una idea no muy buena formada de mí,—dije por decir algo.

—No,—replicó pasado un momento en silencio,—porque no en vano os pareceis á vuestro padre, pues hay algo en vos.

Y su buena y cariñosa mirada ejerció de nuevo su encanto sobre mí, causándome una turbación singular. En ese momento únicamente fué cuando me dí cuenta de que á través de aquel rostro que á la primera ojeada parecía alegre, tras aquella mirada que no pertenecía más que á él y en la que sólo se creía leer la severidad, se traslucía en seguida y siempre de más en más un fondo de gran reflexión y un poco de tristeza.

—No debéis ni podéis aburriros,—me dijo poco después,—puesto que tenéis la música que sabéis comprender, los libros, el estudio. Tenéis además por delante toda una vida, siendo ahora el momento más propicio para prepararos para ella con el fin de que más adelante no tengáis de que quejaros. Dentro de un año ya será muy tarde.

Hablóme de esta manera como un padre ó un tío y comprendí que hacía un esfuerzo grande para no elevarse demasiado del nivel á que yo me hallaba. Esto de que me creyese tan inferior á él, me ofendió un poco, siéndome por otra parte muy agradable el que, en obsequio mío, tuviese que hacer ese esfuerzo. El resto de la velada se consagró á una conversación de negocios que sostuvieron Macha y él.

—Y ahora, buenas noches, querida Katia, —me dijo poniéndose en pie, acercándose á mí y cogiéndome la mano.

—¿Cuando nos volveremos á ver?—preguntó Macha.

—Por la primavera,—respondió sin soltarme la mano;—ahora me voy á Danilovka (que era otra hacienda nuestra) y me enteraré de lo que pasa allí arreglando lo que pueda. Después iré á Moscou por asuntos míos y luego podremos vernos en el verano.

—¿Y por qué marcharse para tanto tiempo? —pregunté con mucha pena y, en efecto, con-

fiaba en verle en adelante todos los días y experimenté una horrorosa opresión en el corazón, al pensar que tenía que habérselas otra vez con mi aburrimiento. Probablemente todo esto se reveló en la emoción de mi voz y en mis miradas.

—Vamos,—me dijo con un acento que me pareció demasiado plácido y frío; es preciso que os distraigais y ocupeis más, y en la primavera os examinaré,—añadió soltándome la mano y sin mirarme.

En la antecámara, á la que le acompañamos, se apresuró á ponerse su pelliza y una vez más pareció que su mirada evitaba el cruzarse con la mía.

—¡Qué trabajo más inútil se toma!—me dije —¿Será posible que se haya figurado que me causaba tanta alegría mirándome? Es un hombre muy bueno, excelente, pero á eso se reduce todo.

Aquella noche, sin embargo, Macha y yo tardamos mucho en quedarnos dormidas y pasamos el rato charlando, no de él, sino del

empleo del tiempo durante el verano siguiente; del sitio en que pasaríamos el invierno y de qué manera. Esta era una cuestión grave ¿y por qué? En cuanto á mí me parecía tan sencillo como evidente, que la vida debía consistir en ser dichosa y en el porvenir no podía figurarme otra cosa más que la felicidad como si de pronto nuestra vetusta y sombría mansión de Pokrovski se inundase de luz y vida.



II

Mientras tanto había llegado la primavera y mis aburrimientos de antaño se desvanecieron trocándolos por esas tristezas soñadoras y primaverales tejidas con esperanzas desconocidas y deseos borrosos no satisfechos. Y, sin embargo, mi vida no era la que había llevado al empezar el invierno: me ocupaba de Sonia, de música, de estudios y con mucha frecuencia íbame al jardín por el que vagaba durante largo rato sola á través de los paseos